

## RESEÑAS\*

Enrique FLORESCANO: *El nuevo pasado mexicano*. México: Cal y Arena, 1994, s. ISBN.

La reciente aparición de la tercera edición de la obra de Enrique Florescano *El nuevo pasado mexicano* muestra la importante acogida que este libro ha tenido en el medio académico, desde su aparición en agosto de 1991. Ciertamente, no se trata de una obra para el gran público —lo que hace más notable su éxito editorial— se trata más bien de un texto para especialistas, si bien rebasa el ámbito de los historiadores, porque atañe al conjunto de los estudiosos de las ciencias sociales.

En *El nuevo pasado mexicano* Florescano analiza, de manera selectiva, la producción historiográfica sobre México, realizada durante los últimos 30 años, tanto en nuestro país como en el extranjero. Señala los momentos culminantes de la historiografía y resalta las aportaciones más significativas, así como las interpretaciones erróneas y los desvíos.

A lo largo de las páginas del libro, el autor demuestra que el quehacer del historiador no se mantiene estático, sino está inmerso en el devenir histórico y, por lo tanto, es cambiante.

Los cambios están en estrecha relación con las transformaciones que sufre la misma sociedad. Así, influyen sobre el desarrollo de la historiografía los acontecimientos actuales —en los terrenos político, social y económico— y las preocupaciones, angustias y proyecciones hacia el futuro. Por ejemplo, los movimientos de liberación femenina han estimulado la historia de la mujer, y el surgimiento del neoliberalismo ha motivado el interés por el porfiriato y ha propiciado un cambio en la interpretación de este periodo de la historia de México.

Otros factores que han incidido en la historiografía de los últimos 30 años han sido la profesionalización del historiador, la in-

fluencia de las historiografías norteamericana y europea sobre los historiadores mexicanos, la utilización de métodos de análisis provenientes de las ciencias sociales, la ampliación temática, la multiplicación de los archivos, así como la participación de extranjeros en la reconstrucción de la historia.

*El nuevo pasado mexicano* es una obra de madurez en la cual Enrique Florescano ha vertido las lecturas y reflexiones de toda una vida. Sin duda, es excepcional que un autor maneje un conocimiento tan vasto de la producción historiográfica, correspondiente a diversos campos de la historia, así como a diversos periodos, con una capacidad crítica y agudeza analítica, poco comunes.

El *Leitmotiv* que guía al autor es su pasión por la historia, que es más intensa en aquellos capítulos referidos a la prehispánica y a la revolución mexicana —que son los mejores del libro—, que en los referentes a la época colonial y al siglo XIX, a pesar de que Florescano ha dedicado el mayor tiempo de su desempeño profesional al estudio de la colonia y es un gran conocedor de este periodo.

La interpretación más novedosa la constituye el análisis de la historiografía de la revolución mexicana, llevado a cabo bajo el revisionismo histórico. Los historiadores que durante los últimos años se han ocupado de la revolución mexicana, rechazan la interpretación tradicional de que fue un movimiento popular, campesino y nacionalista, que acabó con el régimen porfiriano y consideran que, por el contrario, fue una lucha entre grupos frustrados de las clases privilegiadas, es decir, una lucha por el poder.

En el capítulo quinto el autor intenta hacer un balance de los logros y una crítica de la situación actual en cuanto a la investigación y la enseñanza de la historia en México. Si bien el análisis resulta un tanto pesimista, pretende concientizar a los historiadores respecto a los que considera los principales problemas que nos aquejan: la improductividad, la ausencia de evaluación, la falta de rigor académico y la utilización indiscriminada de ideologías (como las teorías del modo de producción o de la dependencia). En el campo de la docencia, señala la carencia de obras didácticas y de divulgación, así como la falta de actualización de los profesores —producto de la desvinculación entre la investigación y la enseñanza— como los mayores problemas.

Finalmente, cabe mencionar que las transformaciones que ha vivido México durante los últimos dos años, en particular, los violentos acontecimientos que se suscitaron a partir del 1º de enero del presente año, han orientado la historiografía hacia nuevos

campos de estudio, como el análisis de la relación entre la Iglesia y el Estado, el funcionamiento del ejido y los trabajos sobre Chiapas, que en el futuro harán necesaria una nueva interpretación historiográfica. Hasta el momento *El nuevo pasado mexicano* no ha sido superado.

Gisela von WOBESER

*Universidad Nacional Autónoma de México*

Eduardo J. CORREA: *El Partido Católico Nacional y sus directores; explicación de su fracaso y deslinde de responsabilidades*, México: Fondo de Cultura Económica, 1991, 220 pp. ISBN 968-16-3543-4.

Hace ya tiempo que Jean Marie Mayeur, escribió acerca de la imposibilidad de comprender el panorama político de los siglos XIX y XX, sin atender al desarrollo de los partidos católicos y de la democracia cristiana. Si esto es cierto para muchos países europeos y latinoamericanos, no lo es menos para México donde una doble circunstancia hizo que desapareciera de la historiografía —al menos temporalmente— uno de los partidos mejor organizados y más beligerantes que actuaron en la vida nacional a la caída del porfiriato, durante el ascenso del maderismo y la crisis del huertismo: el Partido Católico Nacional (PCN).

Sin duda, fueron las propias contradicciones y opciones del PCN las que lo llevaron al olvido histórico. En efecto, su conformación profundamente antirrevolucionaria lo llevaron al ostracismo frente a una serie de diversos y contradictorios movimientos revolucionarios después de 1913. Si en cierto modo algunos integrantes del PCN estuvieron de acuerdo con la revolución maderista entraron en profunda crisis durante los años que siguieron a la elección y a la caída de Francisco I. Madero. En realidad el PCN nació prohijado por una serie de circunstancias que se engloban dentro del movimiento general del catolicismo social, internacional y nacional. Pero también nació prohijado por las circunstancias mexicanas a las que dieron lugar el desgaste del porfiriato y la búsqueda de nuevas alternativas, dentro de las cuales la opción maderista fue el cauce donde las demás se condujeron. Si el PCN no nació al morir fue precisamente porque el maderismo lo integró en su amplio espectro de reforma política y el PCN pudo participar en la vida nacional. Si murió joven fue porque la apertura de

mocrática se transmutó en revolucionaria y el PCN, que llevaba en su interior también una opción democrática, murió con Madero, aunque de momento los integrantes del PCN no lo vieran así. Es de hacer notar que el PCN no sólo llevaba la opción democrática. Al interior de sí mismo se mezclaba también la opción de la burguesía católica que había apostado por el catolicismo liberal y la opción de cierto catolicismo aristocrático que no había dejado de pensar en la restauración de los antiguos privilegios. Pero de que a principios de siglo había dentro del PCN un sector que hubiese evolucionado hacia la vida democrática y parlamentaria dentro del andamiaje que había establecido el maderismo, es algo que no podemos negar. Obviamente, que se hubiese tenido que confrontar con fuerzas desde dentro y fuera de la Iglesia misma. Como de hecho se enfrentaron en México y en otros países los partidarios del sindicalismo cristiano y de los partidos católicos.

De estas opciones, contradicciones y circunstancias nos habla Eduardo J. Correa en un libro que esperaban los historiadores del periodo pues aunque se sabía de su existencia había quedado inédito y relegado. Fue escrito en 1914, y aunque se dice que fue publicado en Estados Unidos en 1939, debió ser muy exigua su edición o su distribución. Hoy ha visto la luz prolongado por Jean Meyer, quien fue desde algunos años, uno de los investigadores que volvieron a plantear el problema de la participación política de los católicos.

El libro es un testimonio histórico de un momento fundamental de la historia nacional, tanto por las consecuencias como por el significado. Las consecuencias llegaron a convertirse en leyes constitucionales, en particular, el artículo 130 de la Constitución de 1917 que prohibió la participación política confesional. La significación tiene que ver con el proceso de secularización de la sociedad; pero también con el modelaje del corporativismo mexicano posrevolucionario que tomó formulaciones y estructuras de la cultura política católica que decía combatir y que defendió el PCN en su momento: jerarquización, unidad, autoritarismo, organismo, institucionalización, providencialismo laico, hagiografía secular y legitimación en un evento histórico. El texto de Correa pertenece al género de las memorias y se viene a añadir a los escritos de Nemesio García Naranjo, Luis Cabrera, Jorge Vera Estañol y Toribio Esquivel Obregón.

El texto de Correa es novedoso, a pesar de haber sido escrito en pleno fragor de la revolución, puesto que contribuye a romper con el silencio de la historiografía mexicana acerca de la participa-

ción y significado del PCN en la vida nacional. Por otro lado, rompe también con cierta historiografía eclesiástica que con gran triunfalismo y gran carencia de conocimiento y autocrítica ha achacado a los revolucionarios, o al Estado, nacido de la revolución, los sucesivos problemas de la Iglesia. En realidad, el único texto que se conocía sobre el PCN era el de Francisco Banegas Galván que fue publicado por el P. José Bravo Ugarte en 1960 y que fue escrito en 1916, dos años después del de Correa, pero que también tardó en ver la luz pública. Si el texto de Correa hubiese sido conocido habría contribuido a hacer más críticas y menos ingenuas algunas tesis universitarias y algunas investigaciones que andan por ahí sobre el PCN escritas tanto por apologistas del catolicismo como por sus detractores.

Uno de los puntos más debatidos y que cegó a los constituyentes de Querétaro fue la participación de los católicos en el huertismo. El libro de Correa nos pone en contacto con una realidad sin investigar: la existencia de un antihuertismo católico. Quienes ya habían hecho estudios sobre el periodismo mexicano habrían constatado la orientación antihuertista de *La Nación*, órgano del PCN, y su distanciamiento y agrias disputas con el tradicional periódico católico, *El País*. De esta polémica y de esta situación habla Correa extensamente y de manera fluida, polémica y de esta situación habla Correa extensamente y de manera fluida, polémica, crítica y autocrítica. La situación vista desde la perspectiva de los católicos antihuertistas es totalmente diferente que la que ha pasado a la historiografía mexicana, básicamente deudora de las tesis de combate de Luis Cabrera. Correa es claro en apuntar el principal problema del PCN frente al huertismo y al movimiento constitucionalista: no haberse abstenido y retraído de la vida política. Particularmente, luego de la supresión de la XXVI Legislatura y de la farsa electoral de octubre de 1913. En estas elecciones el PCN propuso la fórmula presidencial Gamboa-Rascón. Haber participado en estas elecciones presidenciales los enemistó con Huerta quien esperaba que el PCN lo apoyara y los enemistó con los constitucionalistas puesto que participar con el huertismo era reconocer a quien el mismo Correa llama, en múltiples ocasiones a través del libro, traidor y usurpador.

No se puede negar que el texto de Correa llega al debate nacional en un momento propicio. Quizá haya llegado el momento de cuestionarse y responder —al estilo de Thomas Kuhn— de cómo fue que hombres inteligentes pudieron comprometerse en una agrupación política como fue el PCN. La historiografía mexicana

debe estudiar este hecho de amplias consecuencias en la vida política posrevolucionaria. Se deberán resaltar los motivos, las contradicciones internas y las circunstancias externas que llevaron a este grupo de mexicanos a afiliarse al PCN y a fracasar con él. Ciertamente, no se trata de hacer apologías ni abundar en detracciones. Sobre esto ya ha corrido mucha tinta. Se trata ahora de ofrecer explicaciones historiográficas que más allá de prescripciones ideológicas, dogmáticas o políticas nos pongan en contacto con realidades sociales. Los temas tratados e insinuados por Correa son de por sí polémicos, tanto por las cuestiones políticas que trata, cuanto porque muchos de ellos están en espera del historiador que los aborde. Quien se adentre en estos temas tendrá un doble problema: primero, habrá de deshacer las tesis de combate de los detractores y las tesis de defensa de los apologistas; luego habrá de establecer con nuevas fuentes y enfoques los hechos y su interpretación. Considerando que los archivos del PCN no han aún aparecido, el libro de Correa será un elemento más del que podrán servir quienes estén interesados en estos problemas, y podrá suplir, al menos mientras aquéllos aparecen, parte de la carencia de fuentes de primera mano.

Manuel CEBALLOS RAMÍREZ  
*El Colegio de la Frontera Norte*